

DESCUBRE LA COMEDIA
ROMÁNTICA

*Una
chica
viral*

SILVIA ALCALÁ

UNA CHICA VIRAL

Silvia Alcalá

©Silvia Alcalá
Primera edición: Junio 2020

ÍNDICE

UNA CHICA VIRAL

VUELTA A EMPEZAR

MI PRIMER GRAN AMOR

¿TE DUELE?

¿Y SI...?

UNA FAMILIA FELIZ

ESA OTRA CHICA VIRAL

RE-VUELTA A EMPEZAR

UNA CHICA VIRAL

Ahí está otra vez. ¿Ha pasado por delante de mi mesa a propósito? Raúl es guapo, muy guapo, de esos guapos que no van de guapos. Si el mundo fuese al revés, y a los tíos se les valorase por el físico, ya sería un jefazo. No digo que no tenga talento, porque lo tiene. Pero es que es taaaan guapo, que cuesta tomárselo en serio. Durante el día se dedica a llevar la contabilidad de la empresa, y por lo que intuyo a pasar por delante de mi mesa. No es que yo no sea guapa, que lo soy, o eso dice mi madre. Es cierto que todas las madres dicen que sus hijas son guapas, pero es que la mía no es una madre de esas. Cuando mi madre me sacaba a pasear en el carrito y le decían “qué niña más guapa tienes”, ella les miraba con cara de circunstancias y respondía “gracias por la mentira”. Fue así de bebé, y fue así cuando era una niña morena de ojos claros, de esas que podrían haber hecho algún anuncio de chocolate, o de detergente, o de lo que fuese que necesitase a una niña mona y sonriente. Aunque mi madre, si me hubiese llevado a algún casting, habría sido a esos de antes y después. Por supuesto, yo sería el después.

—¿Tienes la cuenta de Nissan?

Vale. Ahora se ha parado delante de mi mesa. Y encima me ha hablado. De trabajo, pero me ha hablado.

—Te la envié por mail.

Su mail es RaúlpuntogutierrezarrobaCooperandsonpuntocom, pero debería ser mazizobuenorrodejatederodeosypídemeeunacitaarrobayapuntocom.

—Se me habrá traspapelado.

O seguramente ha ido directamente a la carpeta de spam, como mis insinuaciones. ¿Tan sutil soy? ¿Es que este escote no te está diciendo “hola, amigo, hacemos un afterwork”?

—Es posible que lo tengas en la carpeta de no deseado.

No deseado. Algo incompatible con Raúl.

—Lo miro enseguida y te digo.

Ahí se va otra vez. Os juro que yo no soy una de esas tías del típico libro romántico. A mí me gusta tomar la iniciativa, no tengo problema en entrar a los tíos. Pero no puedo. No desde que esa capulla de Beatriz, la harpía más grande que conozco y para más señas mi mejor amiga desde el insti, me dijo que no tardaría ni un mes en entrarle al primer tío que me gustase de mi nuevo trabajo. Y por ahí no paso. No pienso darle la razón. Aunque me muera de ganas, aunque tenga toda la razón del mundo.

—Raúl, por cierto...

Raúl, anda, guapo, gírate un segundo.

—¿Sí?

—Si aceptan el presupuesto, habrá que celebrarlo.

—Claro, hacemos un afterwork.

Yo preferiría un after-after-afterwork. Pero me vale. Y no, no estoy dándole la razón a la harpía de Beatriz. Tan solo estoy confraternizando profesionalmente. Eso no cuenta.

—¿CÓMO QUE NO CUENTA, PEDAZO DE GUARRA?

Ya está Beatriz y su diplomacia exquisita. He quedado con ella para comer, y ya me lo está echando en cara.

—No me seas tan... tú.

—¿Guapa, lista, simpática, decidida...?

—Y mojigata.

—Tía, que es tu curro. Que en el curro la gente cotillea de todo, en España es deporte olímpico. Que como te lées con este Raúl, la has cagado.

—La gente ya no es así.

—No, claro que no, es peor. Antes al menos tan solo te ataban a un palo y te prendían fuego por bruja. Ahora encima lo comparten por instagram, twitter y tiktok.

—Se te olvida Facebook.

—Qué antigua eres. Facebook es tan solo para viejos.

—¿Y qué somos nosotras?

—Mujeres con carácter que han pasado de los treinta y lo llevan fenomenal. Vale, que han pasado mucho de los treinta, pero ni se nota.

—¿Entonces, no voy al afterwork? Porque nos han aprobado la cuenta.

—¿Tú eres tonta?

Debo de serlo, porque si fuese lista no estaría escuchando a mi amiga, la psicokiller de Fuenlabrada. La llamamos así porque ha matado tantas relaciones que la deberían meter con cadena perpetua en la cárcel del amor. Si es que algo así existiese. Que no existe, pero debería.

—A ver, experta, ¿entonces tengo que ir?

—Pues claro. Tú vas, brindas con una cerveza, a poder ser cero cero, y te largas.

—¿Y qué hay de malo si de la cerveza me paso al vino, y del vino al gintonic?

—Que acabas en la cama del hijo de tu jefe.

Ah, sí. Se me había olvidado ese pequeño detalle. Raúl es el hijo del dueño de la empresa. Y su padre no solo tiene esta empresa. Tiene un montón de empresas, es el Amancio Ortega de los Amancios Ortegas.

—Eres una paranoica.

—Ya, claro. La nueva entra en la empresa y a los tres meses se tira al hijo del jefe. Si al menos fueses fea, dirían que ha sido suerte, o que estabais muy pedo. Pero tienes la desgracia de ser mona.

—Gracias.

—De nada.

Así que hago caso a mi amiga Beatriz y acudo al afterwork. Os aviso de que es lo único en lo que voy a hacerle caso. Porque Raúl está ahí plantado en la barra, con su ropa de sport, y parece el prota de un anuncio de Martini, o de colonia cara. Muy cara.

—Has venido.

—Claro, me debes una cerveza.

—¿Ah, sí? No lo recuerdo.

Tranquilo, yo te lo voy a recordar.

—Si no es por mí, ese correo seguiría en la carpeta de spam. Así que me voy a tomar una caña. Y tú me vas a invitar.

—¿No prefieres un vino?

Lo siento, Beatriz, pero voy a dejar de hacerte caso a partir de YA.

—Dale. Una copita de rioja.

—Yo soy más de ribera.

—A mí es que me gustan con cuerpo, profundos.

Sí, lo sé, no soy la reina de la sutilidad. Pero es que Raúl ya lleva dos copas, y su mirada me dice que no tengo que andarme por las ramas.

Así que cuatro copas de vino después nos pasamos al gintonic, del gintonic nos pasamos a un taxi, del taxi a su casa, de su casa a su cama, y de su cama... bueno, os imagináis el resto.

Vale, vale, os lo voy a contar. No estuvo mal. Bueno, ni bien. Las primeras veces siempre son raras. No conoces mucho al otro, cuesta encajar. Además, yo llevaba tres años de monogamia. Vale, no del todo, algún besito sí cayó durante las fiestas de la Paloma cuando Pedro se fue de vacaciones con su familia. Pero no pasé de ahí. Por lo que a mí respecta, fui monógama de cintura para abajo. Una lástima no haberlo sido hasta los pies, cuando el muy capullo me dejó a la vuelta del viaje familiar, que en realidad resultó ser una escapada romántica con la tía que se tiraba desde hacía ocho meses.

—¿Quieres un café con leche? ¿Algo de desayuno?

Por lo menos es atento. No lo fue tanto cuando estábamos por faena. Ahí se saltó algunos preliminares. Tengo una norma para medir los preliminares. Lo llamo el camino de Santiago. Santiago es un tío con el que me enrollé hace años, y que hizo que me corriese en los preliminares. Comenzó su ruta por el cuello, bajó a los pechos, siguió por el sobaco —os juro que no soy una tía rara, pero fue muy cerdo— luego pasó por el ombligo, fue hacia mis muslos, se agarró bien al culo y puso su lengua en modo thermomix. Desde entonces, si un chico se acerca a un treinta por ciento del camino de Santiago me doy con un canto en los dientes. Raúl digamos que no

es muy de preliminares, y que su forma de trabajar ahí abajo es más como un robot de cocina barato de esos que venden en el Lidl. Es la marca blanca del cunnilingus.

—Un café con leche, por favor.

Si escuchase mis pensamientos, me escupiría en la taza. ¿Es normal que eso me ponga un poquito?

En fin, que acabamos de despedirnos, me paso por casa a ducharme y cambiarme de ropa y al llegar al trabajo descubro que la harpía de Beatriz siempre tiene razón.

Todas me miran. Creía que habíamos sido más sutiles, pero por lo visto no ha sido así. Toda la empresa se ha enterado de lo nuestro.

Recibo un whatsapp.

Es de Beatriz.

Lo abro, y veo el emoticono de la cara de flipado y un par de esos que parecen fantasmas mareados. También ha escrito un mensaje muy escueto: “¡Serás cerda!” Hasta ahí esperaba su reacción. Pero no lo que viene a continuación: “¡Esto me ha enviado el de recursos humanos!” Sigo bajando y veo lo que ha reenviado.

¡AY DIOS MÍO!

¡AY DIOS MÍO!

¿He dicho ya?... ¡AY DIOS MÍO!

No os lo he contado todo. Quería fastidiar a Beatriz, quería restregarle por la cara al buenorro que me estaba tirando, así que nos grabé en plena faena. Le dije que era para usarlo otro día a solas. Eso le puso mogollón. A quién no le pondría. Total, que se lo envié a Beatriz con el texto “Aquí estoy, de vinos”.

Por desgracia, estaba de vinos, de cervezas y de tres gintonics, así que no se lo envié a Beatriz, sino a la persona que tenía debajo en los whatsapp. Tan solo que no era una persona, sino el grupo de afterwork del trabajo.

Sí, así es. Ahora toda la empresa tiene un video guarro donde se me ve tirándome al hijo del jefe.

Permitidme que diga algo más: ¡AY DIOS MÍO!

Creo que nunca lo había pasado tan mal. Ni tan siquiera cuando me pillaron mis padres con mi primer noviete. Es como si aquella

vez me hubiesen pillado ellos, mi abuela, mis tíos y todo el edificio.

AY DIOS MÍO.

Estoy empezando a hiperventilar. Creo que se me tiene que notar en la cara. No sé qué podría hacer. Podría disimular, decir que todo era una broma. Aunque el vídeo es demasiado explícito. A lo mejor podría echarles en cara que estamos en pleno siglo XXI, que no sean carcas. No, yo no soy tan moderna.

Esperad, que acabo de recibir un mail de Raúl. Asunto: ¡¡¡¿QUÉ HAS HECHO?!!!

Creo que se ha enterado de lo del vídeo.

Esperad, que tengo otro mail de recursos humanos. Asunto: Finiquito.

Vale, creo que en esta empresa no son muy sutiles.

—Tía, eres la bomba. Pero de esas que lleva metralla y lo destroza todo.

Beatriz se está regodeando en mi vergüenza mientras nos emborrachamos en una terraza.

—No sé qué voy a hacer.

—No hagas nada. No se puede hacer nada. Reza para que el vídeo no rule.

Lo he pensado también. Acabo de hacer un Olvido Hormigos en toda regla. Seguro que la gente de la empresa se lo pasará a sus amigos, y esos a otros amigos y esos a otros amigos. Y acabaré haciendo un polígrafo en el Deluxe.

O, con suerte, el polvo que echamos fue tan mediocre que la gente se aburrirá y pasará del vídeo.

—¡Eres tú, qué fuerte!

El camarero me acaba de plantar esa frase en toda la cara, y siento cómo un mal presentimiento recorre todo mi cuerpo.

—¿Nos conocemos?

—Eres la del vídeo.

Fulmino a Beatriz con la mirada.

—Esto es cosa tuya, ¿verdad?

—Tía, te juro que no tengo nada que ver.

—Le has dicho al pobre chaval que me tome el pelo.

No, no le ha dicho nada. El camarero, un chavalín de unos veinte años y muy gay, saca su móvil. Está claro que me va a enseñar el famoso vídeo. Ya ha llegado hasta el mundo gay, lo que significa que lo tiene todo el mundo.

Pero no. No me enseña el vídeo. Me enseña una web de cotilleos. Resulta que Raúl se olvidó de contarme un pequeño detalle: tenía novia. Pero no una novia cualquiera.

No.

Raúl era novio de la puta infanta, la puta hija del rey de España.

¿Cómo no me había enterado? Pues porque era un tema bastante secreto.

AY DIOS MÍO.

AY DIOS MÍO.

¿Estoy en una cámara oculta? Ojalá fuese así, y saliese ahora un tío con un ramo de rosas. Pero no, no aparece ningún ramo. Por lo visto, la relación la llevaba más o menos en secreto. Por lo visto, Raúl había conocido a la infanta en unas vacaciones en Marbella. ¿Os he dicho ya que su padre es el Amancio Ortega de los Amancios Ortegas?

¡Me cago en la renovación de la monarquía y en sus nuevos aires! ¿No podía la infanta liarse con un noble o algo por el estilo como hacían antes? ¿En qué momento decidieron que podían ser muchimillonarias, vivir en palacetes y encima darse el gusto de tener la pareja que quisieran? Si hubiesen sido como las de antes, ahora no estaría en este jardín.

—¡Mira, tía! ¡Te están haciendo fotos!

JO-DER. La terraza donde estamos tomando algo se acaba de llenar de paparazzis.

Al final, a lo mejor sí que acabo haciendo un polígrafo en el DELUXE.

Ese mismo domingo, toca comida familiar con mis padres y mi hermano pequeño. Somos una familia bastante ruidosa por naturaleza. No nos callamos ni debajo del agua.

Hasta hoy.

Es el primer domingo en el que comemos en silencio. Y con la tele apagada. No había visto nunca a mi padre tan cabreado. No sé

si lo está más por la vergüenza de que su hija salga en pelotas en todas las cadenas, o por su faceta de monárquico. El pobre no se pierde una sola Navidad el discurso del Rey. Es de los que le defienden incluso cuando sacan millones de millones en Suiza, Andorra, las Islas Caimán y hasta debajo de su colchón.

Hace una semana del famoso Silvia-gate. Yo soy Silvia, por si no los lo había dicho. Aunque ya habréis intuido que el Silvia-gate es por mí, y por el famoso vídeo que ha puesto patas arriba a medio país. No se habla de otra cosa.

—Tienes que llamar a la abuela.

Mi madre acaba de hablar. Ni me ha mirado a los ojos. La abuela está todo el día viendo Sálvame y esos programas, es lo único que la distrae. Pero ahora no puede poner la tele, porque cada vez que la pone ve a su nieta en bolas. Así que se aburre mucho, muchísimo. Y está en un sinvivir. No por lo de que salga en bolas, sino porque no sabe qué hacer con tanto tiempo muerto.

—No quiero llamar a la abuela.

—Pues vas a hacerlo.

—He dicho que no.

—Qué raro, porque tú eres más de decir “sí, sí, oh sí”.

Mi hermano se acaba de llevar un capón de mi padre. Aunque no me ha imitado del todo mal. Es verdad que exageré un poco para darle vidilla al momento. Tal vez con un solo sí habría bastado. Ahora, encima de ser una destroza matrimonios de cuentos de hadas, soy conocida por ser mala actriz.

Tras acabar de comer, me encierro en mi antiguo cuarto. Sigue igual a como lo dejé cuando me fui de casa. Qué sencillo era todo en aquella época. Qué gustazo cuando no existía el whatsapp, ni twitter, ni nada de eso, y podías cagarla sin que medio país te conociese.

Anda que no la líe parda en la discoteca del pueblo cuando era una cría. Pero daba igual. Nadie lo grababa. Lo que pasaba en el pub musical Andresito's, se quedaba en el pub musical Andresito's.

Ahí siguen en la pared mis posters de take that, y de todos esos exbuenorros que se han convertido en señores. Ojalá pudiese volver

al pasado y cambiarlo todo. Ojalá esta historia diese un giro de ese tipo.

Ojalá pudiese volver atrás en el tiempo y cambiarlo.

Ojalá pudiese empezar de nuevo.

Ojalá.

VUELTA A EMPEZAR

¡RIIIINGGGG!

Acaba de sonar el despertador. Sigo en la habitación de mis padres y siento la boca seca. Menuda siesta me acabo de echar. De esas que parecen cinco minutos y acabas levantándote desorientada y con la cara marcada a fuego por la almohada.

Un momento.

Espera un momento.

¿Desde cuándo tengo despertador?

Desde que uso móvil, ya no tengo despertador. Es más, no recuerdo haber puesto ningún despertador. ¿Por qué habría un despertador en una habitación que ya no uso? Será cosa de mi hermano. Me estará gastando una broma. Una sin demasiado sentido.

Espera un momento.

¿Qué demonios llevo puesto?

¿Qué demonios es ESTO que llevo puesto?

Es un pijama. Vale, no recuerdo haberme puesto un pijama. Pero es que es un pijama de los osos amorosos. Ya sabéis, de esos osos que lanzaban rayos porque sí, sin ningún sentido, y eran adorables hasta extremos de querer estrangularlos. Esos mismos.

Vale, esto comienza a dar mucho miedo. No es tan solo el pijama. ¿Qué mierdas es esto que noto en la boca?

¡¿QUÉ MIERDAS LLEVO EN LA BOCA?!

No puede ser, esto no puede ser cosa de mi hermano. Vale que me haya vestido con un pijama de los que llevaba siendo una adolescente, pero es que además me ha puesto braquets en los dientes. Los mismos putos braquets que odié a muerte durante tres años. Están pegados, y parecen de verdad.

SON DE VERDAD.

No, no puede ser. Estos hierros del diablo los llevé cuando tenía dieciséis años. Me amargaron la existencia. Con la comida que se me quedaba entre los hierros, podía alimentarse a una aldea del tercer mundo.

Sí, lo sé, esto que acabo de decir es políticamente incorrecto. Pero no lo era años atrás, cuando llevaba estos braquets.

Dios, no puede estar pasando lo que creo que está pasando.

—Venga, arriba, que llegas tarde a clase.

¿Mi madre acaba de decirme que llego tarde a clase? Ay, dios mío.

AY, DIOS, MÍO.

Me levanto y la habitación está cambiada. Hay más posters de antiguos de los que debería haber. Hay uno de Sensación de Vivir, pero ese poster no debería estar. Mi hermano se lo cargó cuando yo le rompí su peluche.

Vale, voy a calmarme y seguro que descubro que todo es una broma pesada.

No, no puede serlo. Mis padres nunca han sido muy de la guasa. Y mi hermano es demasiado vago para organizar todo esto.

Vale, voy a calmarme, respiro hondo y salgo.

Me dirijo al salón, y confirmo mis peores sospechas. Ahí me está esperando la prueba irrefutable de que he vuelto atrás en el tiempo: un vaso de Nesquik. Yo siempre había sido de cola-caó, pero éramos más o menos pobres, y el cola-caó era de ricos. O eso decía mi padre.

Vale, esto es muy raro. Yo pedí volver atrás en el tiempo para cambiar las cosas.

¡PERO UNOS PUTOS DÍAS!

No pedí volver años atrás. Ahora vuelvo a ser una adolescente. Con braquets. Ay, dios, eso también significa...

Corro al baño y descubro la verdad: mi pelo, ese pelo. ¿Cómo podía llevarlo así?

Ahora sería súper moderno, pero en su momento era súper-normal. Respiro hondo, hasta que veo a mi hermano, que ahora

vuelve a ser un renacuajo. Sujeta su peluche, el famoso peluche por el que me rompió el poster de Sensación de Vivir.

—¿Qué coño has hecho?

—¡Ha dicho coño, mamá! ¡Silvia ha dicho coño!

Mierda, la he cagado.

—¡¿Qué has dicho?!

—No he dicho nada, no sé de dónde lo habrá escuchado. Lo habrá oído en youtube.

—¿Qué es youtube?

Mierda, la acabo de cagar. A lo mejor al desvelar la existencia de youtube, he alterado el espacio tiempo futuro para siempre.

—Déjate de youtube y youtubo. Anda, tómate el nesquik que llegas tarde.

O a lo mejor no he alterado nada.

Vale, me tomo el nesquik. Nunca me ha gustado, y sigue sin gustarme.

Tras esto me visto. Dios, qué ropa. ¿Quién diseñaba esto, un ciego? ¿Un enemigo de los epilépticos?

Vale, respira hondo. Es la moda de la época. Es normal vestirse así de raro. Ahora se visten igual. Con ahora me refiero al tiempo donde vivía hasta ayer. Seguro que, dentro de unos años, se ven fotos de entonces y piensan lo mismo.

Cojo mi mochila. Ahí están mis libros. Impolutos. Siempre fui una niña aplicada. Una niña buena, de esas que siempre atiende en clase y a las que los profes adoran.

Salgo de casa y me dirijo al insti. Me sé el camino de memoria, está al lado de casa. Tenía algunos compis que venían en metro. Yo nunca entendí eso. Mi insti me parecía una basura, no entendía por qué alguien querría ir tan lejos de su barrio.

Debo seguir una rutina, debo superar el día de hoy. Tal vez, cuando me duerma, vuelva a estar en el presente. En el futuro que es presente.

Bueno, ya me entendéis.

Entro en el patio de mi instituto. Hace siglos de la última vez que lo pisé, y sin embargo lo recuerdo todo perfectamente. Ahí está Pili,

la más chungueta del insti. Todos le teníamos miedo, no por ella, sino por su hermano mayor.

Ay, que me ha visto. Y se acerca.

—Tú, repipi. Dame tu goma del pelo.

—No te la voy a dar. Paso de soltármelo, no llevo acondicionador. Me miran como si fuese una marciana.

—¿Qué dices, tía?

La verdad es que, vista ahora, no da tanto miedo. No me parece tan grande, ni tan chungueta. Es tan solo una niña enfadada, jugando a ser malota.

—Como no me la des, aviso a mi hermano.

Se supone que su hermano mayor había estado en la cárcel por acuchillar a otro chaval. Tenía diecinueve años. Todos estábamos asustados solo de pensar en él. Pero hace tres años, en la última cena de clase que tuvimos, Pili apareció. Por lo visto tenía dos hijos, estaba soltera y no se le conocía trabajo aparente. Nos reímos recordando el pasado y nos confesó que su hermano nunca había estado en la cárcel. En realidad lo habían mandado a trabajar con sus tíos a Cuenca, para que se alejase de la heroína. No había servido de mucho, y ahora estaba mendigando por ahí.

—Tía, siento lo de tu hermano. En serio que lo siento. Y si necesitas lo que sea, podemos hablarlo.

—¿Qué dices, puta?

Vaya, parece que a Pili aún le quedan unos cuantos años para dejar de ser una capulla integral. A lo mejor cambió con los hijos, muchos cambian. O a lo mejor simplemente maduró.

—Que sé que tu hermano no ha estado en la cárcel, que sé el problema que tiene y que estoy aquí para lo que necesites.

A Pili no parece que mis palabras le sienten muy bien. Le han afectado mucho, esperaba que respondiese dándome un abrazo, pero en lugar de eso he acabado en el suelo y sin goma del pelo.

Y, lo peor, con mi melena al aire sin acondicionador.

—Tía, ha sido la hostia.

Esa que acaba de hablar es Beatriz. La harpía de mi amiga. Juntas desde que se mudó de ciudad y apareció en mi insti. No ha

cambiado nada. Su historial de decepciones amorosas acaba de empezar, pero básicamente sigue teniendo el mismo carácter.

—Al final me he quedado sin goma del pelo.

—Anda, toma.

Beatriz me da la suya. Es más maja que las pesetas. Bueno, o al menos así se decía por entonces. Quiero decir ahora.

—Venga, como lleguemos tarde Sor Citroen nos mete bronca.

Entramos en clase y ahí está Sor Citroen, con su cara de oler mierda. Así la llamamos porque parece Gracita Morales en una de esas pelis que ponían antes en Cine de Barrio, cuando la gente seguía viendo cine en la tele normal. No sé a qué se debe su mala hostia, supongo que a no haber echado un polvo en su vida.

—Beatriz y Silvia, nuestras Pili y Mili, siempre juntas y siempre tarde.

—En lugar de echarnos en cara llegar tarde, debería preocuparse del bullying que hay en este insti.

Todos se quedan callados, en shock. Y confusos. ¿Qué es eso del bullying? Antes, que te pegasen en el insti era tan normal como estudiar los cosenos. Eran otros tiempos, la gente seguía fumando en los bares y dando cerveza a los menores. Hoy en día no es así: los menores ya se buscan la cerveza ellos solos.

—Hoy es el último día de clase, pero no por eso voy a permitir impertinencias.

—¡NO JODAS! ¡EL ÚLTIMO DÍA!

Ahora sí que me he metido en un lío. No sabía que había vuelto a mi último día de insti antes de las vacaciones.

—Quería decir... ¿recórcholis? Bueno, que no me lo tenga en cuenta.

Pero sí que me lo tiene en cuenta, tirándome de la oreja y sacándome de clase. Qué manía tenía esta mujer con las orejas.

Me llevan frente a la directora, que me pregunta con su tono del opus dei si alguien me ha dado drogas en la puerta del colegio. Claro, porque los camellos estaban encantados de regalar su mercancía. Menudo negocio habría sido. En fin, que le digo que no, que lo que he dicho se lo he oído a Pili, y mi impoluto historial de niña buena hace el resto. A Pili la castigan, cómo no, su historial no

es tan impoluto, y yo de paso me vengo por obligarme a llevar el pelo encrespado al aire.

Suena el maravilloso ring de final de clases. No recordaba el gustirrinín que daba escucharlo, esa sensación de alivio. Cuántas cosas he perdido con la edad, antes me costaba menos ilusionarme.

Salimos del insti y Beatriz me lleva a la tienda de chucherías donde siempre nos comprábamos moras rojas y negras y la Superpop, además de algún cigarro suelto. Por un instante, siento que no es tan malo haber vuelto a mi adolescencia.

Nos zampamos una bolsa entera sentadas en un banco del barrio, un barrio obrero que ahora ya no es tan obrero, mientras hacemos los tests de la Superpop. A mí me sale que voy a liarme con un millonario estrella de rock, pero ni rastro de mi escándalo. A Beatriz le sale que va a casarse muy joven y que será muy feliz. Siempre sospeché que estos tests los escribían unos señores que no tenían ni idea de lo que pensaban las chicas. Ahora me reafirmo.

Tras terminar nos abrazamos como si no fuésemos a volvernos a ver. Bea se va al apartamento de la playa en Tarragona, y yo al pueblo de mis padres. La envidio por pasar los veranos al lado del mar, viviendo romances con guiris que conoce en la playa y con puestas de sol de fondo. Yo en mi pueblo tengo el mercado algo más limitado, aunque es probable que vuelva a ver a mi primer gran amor. Lo que me hace sentir algo incómoda.

Si me enrolló con él, ¿será como si una mujer mayor de edad sedujese a un adolescente? ¿Estaré viviendo en una peli de sobremesa de Antena 3?

Pronto lo descubriré.

MI PRIMER GRAN AMOR

No sé cómo he sobrevivido a estos viajes al pueblo. Ocho horas hasta Andalucía, sin cinturones de seguridad ni aire acondicionado, y con maletas como para hacer una mudanza. Encima mi padre tenía una fijación por Manolo Escobar. No lo escuchaba nunca en casa, ni en ningún otro sitio. Tan solo cuando hacíamos esos viajes. Me sé de memoria sus grandes hits, como el del carro que se lo robaron o esa canción que mezcla con maestría toros, machismo y outfit, el de la minifalda.

El pueblo por fin se ve a lo lejos. Está en lo alto de una sierra, o montaña, o montículo, la verdad es que de adolescente me parecía más grande y menos de secano. No hay nada en varios kilómetros alrededor, y el único lugar donde puedes divertirte es el bar del pueblo, que por las noches se convierte en un pub musical. Ahí he bailado los grandes hits de varios veranos, y he cogido mis primeras borracheras. De haberlas tenido en la ciudad mis padres me habrían castigado de por vida; pero en el pueblo todo era distinto. Ese secarral situado en una colina es una burbuja donde todo vale, es como esa peli de la Purga pero en plan castizo.

Cuando llegamos a la casa de mi abuela, nos está esperando a la fresca sentada en una sillita plegable de playa junto a su vecina Conchi, de la que nunca se separa. Las dos están viudas, yo no conocí a mi abuelo, pero no dejan el negro luto riguroso para nada. Un must de pueblo. Con los años mi abuela se acabó mudando cerca de mis padres, porque ya no podía vivir sola en una casa con tantas escaleras y tanto polvo que limpiar. Un inciso: ¿cómo lo hacen para tenerlo todo tan limpio sin roomba? En fin. Que acabaron vendiendo esta casa para comprar un mini-piso en la ciudad, y desde entonces no había vuelto. Siento algo parecido a

nostalgia, mezclada con excitación. No sé si se debe a que vuelvo a ser un frasco de hormonas adolescentes, pero todo me emociona.

Siempre que llegábamos al pueblo, sentía el gusanillo en la barriga. Volvía a ver a mis amigas de verano, esas con las que luego me enviaba cartas y que de mayor no he vuelto a ver. Recuerdo también las tardes en la piscina municipal, y a ese socorrista tan raro que años después acusaron de ser un perverso. Yo ya lo sospechaba, pero mi madre no lo veía. Era el hijo de Tomasina, cómo demonios iba a ser un perverso.

Vamos a dejar de lado a los perversos, y vayamos a por el turrón: Maxi, mi primer amor de verano. Creo que estoy a punto de conocerlo. Maxi, con su tableta de chocolate puro, de ese que sabe un poquito amargo. Maxi, el tío más buenorro que he conocido, y al que he perdido la pista.

Cojo la toalla y para allá que voy, en busca de mi ración de chocolate. Por el camino me encuentro a mis amigas del pueblo: Lucy, que en realidad es María Lucía pero le gustaba darse un toque chic a lo Sexo en Nueva York; y la Fini, en realidad se llama Cristina pero todos la llaman así porque a su padre le gusta mucho el fino y en los pueblos ya se sabe que son genios en eso del brainstorming de motes.

—Ha venido un chaval nuevo al pueblo.

Están hablando de Maxi. Mi Maxi.

—Está to güeno. Así como cachas de portada de Superpop.

Sí, así lo recuerdo yo también.

—No vamos a pelearnos. Que elija él.

Ay, qué falsas éramos. Porque al llegar a la piscina, aquello se convierte en el desembarco de Normandía pero a lo bestia.

Lucy toma la delantera y se lanza a por Maxi. Le sigue la Fini, que no piensa volver a liarse otro año más con El Corchi, su rollete habitual y con el que creo que acabó casada. Yo, por mi parte, no pienso volver a cagarla. Cuando conocí a Maxi fui demasiado pava y no me atreví a decirle nada hasta una semana antes de acabar las vacaciones. Esta vez voy a aprovechar las vacaciones desde el minuto cero.

—Nos ponemos aquí con las toallas, como quien no quiere la cosa.

—A ver, que somos nosotras y ellos, que se van a dar cuenta.

—Tengo un truco para disimular y hacerme la misteriosa.

Ojo al truco de la Lucy: unas gafas de sol que le ha cogido a su madre. Una de esas que no son de óptica, que no están ni graduadas ni nada.

Total, que ahí estamos las tres pavas más pavas del mundo jugando a ser femme fatales, sin tan siquiera saber lo que es una femme fatal. Las tres tumbadas con poses de indiferencia, sobre unas toallas de promoción de Nivea que hacen bolas como pegotes.

Miro de reojo a Maxi, al amor de mi adolescencia con el que me metí el primer filete, el tío que he idealizado durante años, el que ha marcado en cierta medida mis siguientes relaciones, mi obsesión con los tíos guapos y de espalda muy recta y ancha.

Y resulta una completa decepción.

No es como lo recordaba. Ahora lo veo como un pavo real gritón y egocéntrico, un pobre diablo que solo busca llamar la atención. Toda la libido que había acumulado en mis recuerdos se desvanece. Maxi roza el ridículo, el payasismo llevado al extremo. No sé si es por la diferencia de edad, o porque he conocido a muchos otros así en todas las edades. Pero Maxi es ahora mismo el último tío en el planeta que querría. Si un virus se cargase a todo quisqui, a Maxi solo lo querría como amigo, ni siquiera como amigo con derecho a roce. Si todas las pilas del mundo se acabasen y no pudiese arrancar ningún satisfyer, aún así preferiría meterme a monja.

—Paso de ese chaval. Es todo vuestro.

—¿Qué dices, tía?

—¿Lo haces para que nosotras también pasemos, y luego tú te aproveches?

—Seguro que sí, seguro que luego va por detrás y se lo liga.

—Habéis visto demasiadas telenovelas.

La verdad es que va a ser un verano muy largo. Parte del aliciente era Maxi, pero sin él ya me dirás tú qué pinto yo aquí.

Estoy pensando en mis cosas, retorciéndome en mi propia autocompasión, llenándome el cuerpo de bolitas de toalla, cuando

de repente mi radar se vuelve a activar.

¿Quién es ese otro chaval?

Está con el grupo de Maxi, pero no se pavonea como los otros. Los machotes se han lanzado a un concurso de saltos a la piscina, lo mismo que en esos documentales donde los machos se recrean ante las hembras para atraerlas.

Pero este otro chaval pasa de todo. Está haciendo algo sorprendente. Está leyendo un libro, a su bola.

Intento fijarme mejor. Bendita vista de adolescente, que me permite ver bien de lejos. La portada parece seria, creo que está leyendo algo sobre filosofía. No filosofía barata, de esa de autoayuda. Sino de filósofo famoso, de los de examen de insti.

Me levanto y voy a la ducha a remojar me, que casualmente está cerca. Camino segura, con la seguridad de una mujer hecha y derecha que ya ha combatido en muchos frentes sentimentales, que ha entrado en muchos bares y ha tenido que aguantar las miradas de muchos tíos.

Maxi y sus colegas clavan sus ojos en mi conjunto de una sola pieza. Oigo alguna risita y algún murmullo, pero paso. No por hacerme la dura, sino porque me la sopla bastante. Qué sabrán esos chicos de lo que es una mujer, qué sabrán de lo que realmente les gusta. Ahora mismo les llama la atención hasta el palo de una escoba.

Llego hasta la ducha y sale el agua helada, esa agua helada que tan solo encuentras en los pozos de los pueblos. Aguanto estoica, y miro de reojo el libro de ese marciano que sigue tumbado, y que ni tan siquiera se ha fijado en mí. Es de Nietzsche, y no lo tiene del revés. Es más, lleva la mitad leída, usa un marcapáginas y veo alguna página subrayada.

Ahora que ya sé qué libro lee, me fijo algo mejor en él. Es mono, no tanto como Maxi. Es el típico chico que no llama la atención a una adolescente, pero que enamora a una adulta. Me gusta su aspecto de buena persona, su mirada profunda, su pelo perfectamente despeinado y su actitud de indiferencia.

Me mira de repente de reojo, se ha sentido observado.

Me doy cuenta entonces de que el agua fría ha puesto mis pezones duros como diamantes. O tal vez no ha sido el agua.

Al volver de la piscina, subo a mi cuarto, me quito el bañador y me meto en la ducha. No puedo sacarme de la cabeza esa mirada, esa forma de alzar la mirada del libro y mirarme fijamente. Me ha puesto muy cachonda, lo reconozco, y empiezo a masturbarme. Me siento rara por hacerlo pensando en un chaval, pero yo también lo soy, creo que estoy olvidando lo que es ser una adulta. No es que me olvide de mi anterior vida, pero las hormonas de mi cuerpo adolescente no me dejan pensar con claridad. Así que sigo tocándome, acariciándome con el chorro del agua hasta que no me basta y paso a hacerlo también con los dedos.

Me corro. Vaya si me corro.

Creo que hacía tiempo que no me había corrido tanto. Recuerdo mi último polvo, el polvo que me ha llevado hasta allí, el polvo mediocre con Raúl. Comprendo que Raúl no es más que otro Maxi, oculto bajo un traje caro. Mi vida está plagada de Maxis, pero he vuelto a resetear. Tengo una segunda oportunidad.

Creo que esta vez voy a decidirme por los lectores de Nietzsche.

¿TE DUELE?

—¿Cómo se llama el chaval que estaba en la piscina con el grupo de Maxi?

—¿Cuál?

—El que estaba leyendo un libro.

—Pregúntaselo a la harpía esta.

—Perdona, bonita, pero la harpía eres tú. So guarra.

Joder, me va a costar sacar la información. Las pánfilas de mis amigas solo tenían ojos para Maxi. Se han peleado entre ellas y ahora no se hablan. Me he convertido en la mensajera, en la terapeuta que debe reconciliarlas.

—A ver, no seáis crías. Maxi es un capullo.

—No te metas con Maxi.

—Eso, no te metas con él.

Ya las he reconciliado. Ahora tengo que averiguar quién es ese chaval.

—El chaval del libro. ¿Cómo se llama?

—¿Por qué te interesa?

—A ver, vamos a ser claras, porque a claras no me gana nadie. Maxi está por mis huesos, si quiero lo tengo.

—Cabrona.

—Pero tiene razón. Te escucho.

—Si me decís quién es el chaval del libro, dejaré a Maxi en paz. Todo vuestro.

—Todo mío, querrás decir.

—Sí, bonita, lo llevas claro. Lo de bonita es un decir.

—Mira la que fue a hablar.

—A ver, no discutáis. Os montáis un trío y asunto arreglado.

—¿Qué dices, tía? Yo no hago eso.

—Ni yo tampoco.

—Pero si lo hiciese...

—Nada de tocarnos. Y solo la puntita.

—Claro. Solo la puntita. No soy una guarra.

—Pues ya está. Asunto arreglado. ¿Y el chaval del libro se llama...?

—Gabriel. Gabri. Es primo de Maxi. Sus padres se están divorciando y lo han mandado aquí.

—Yo jamás haría algo así.

—¿El qué?

—Divorciarme.

Lo llevas claro, bonita. Que yo recuerde, tu estado de facebook pasó hace unos años de casada a relación difícil a voy a abrirme un perfil de tinder.

Total, que tras conseguir la información y dejar a mis amigas planificando su futuro trío, me voy a buscar a Gabriel, o Gabri. De momento Gabriel, y ya veremos si acaba siendo Gabri.

Me lo encuentro en un banco de la plaza. Está con un bloc de notas, mirando a la gente del pueblo, apuntando cosas.

—¿Qué haces?

Me mira de reojo, de nuevo de reojo, y vuelvo a mojarme un poco. Dios, ¿qué me pasa?

—Estoy tomando notas.

—¿Sobre qué?

—Sobre la gente del pueblo.

—¿Para qué?

—Me gusta escribir, y necesito material.

Mi yo adolescente habría pensado “menudo bicho raro”, pero mi yo de ahora, atrapada en este cuerpo, siente curiosidad por este chaval. Puede que en un adulto fuese más normal escuchar algo así, pero estamos hablando de un quinceañero que observa a la gente para escribir. No es normal, y me gusta que no lo sea.

—¿Qué escribirías de mí?

Me mira fijamente, y siento que me atraviesa con esos ojos azules.

—No eres lo que aparentas.

Me ha calado.

—¿Y qué aparento?

—¿Tú qué crees?

Bien jugado.

—Esta noche me lo cuentas, ¿ok?

—A lo mejor no te gusta lo que escuchas.

—A lo mejor. Pero me arriesgaré. Y siempre te puedo soltar un quantazo.

Se ríe tímidamente. Y siento algo parecido a felicidad. Una felicidad pánfila e inocente.

Esa misma noche quedamos mis amigas y yo para salir a pasear con el grupo de Maxi. Lucy y Fini no se despegan del pavo real, mientras sus amigotes revolotean alrededor. Yo voy hablando con Gabriel, aún es Gabriel, no sé si será Gabri.

—Mis padres no se aguantaban. Yo creo que nunca se han gustado.

—A ver, un poquito seguro que sí.

—Creo que se juntaron por descarte. En el pueblo no había mucho que elegir y se quedaron solos.

Es posible. A mí me pasó algo parecido. No a ese nivel, pero a cierta edad ya solo encuentras el outlet de las relaciones, los descartes, gente que lo ha intentado y ha fracasado. Estoy rozando los treinta y muchos, cuarenta y peligrosos y sigo sin pareja estable. O seguía.

En fin, que seguimos andando, charlando, y me parece un tío simpático. Tenía miedo de que fuese un intenso, pero no lo es. Incluso es gracioso. No de contar chistes chorras, sino de soltarte algo con ironía. Bromea sobre su primo, y yo solo pillo la indirecta. Es listo, muy listo.

Creo que ya puede pasar a llamarse Gabri.

Acabamos la noche fuera del pueblo, cerca de un pajar. Un tópico, lo sé. Lucy y Fini se han prometido entre ellas pasar de Maxi, total es un capullo y ellas son amigas. Pero a la hora de la verdad Maxi se acaba liando con Lucy. Fini no se lo toma muy bien y se líia con el Corchi. ¿Sabéis eso de que si viajas al pasado y alteras algo puedes cambiarlo todo? Pues con Fini no funciona. Vuelve a liarse

con El Corchi, con su rollete de siempre y con el que acabará casada y bien divorciada.

Gabri, porque ya seguro que es Gabri, me sube al tejado del pajar desde donde hay unas vistas brutales de toda la región. Nos tumbamos mirando hacia el cielo. Veo la vía láctea al completo, en la ciudad es imposible. Había olvidado lo que era ver un cielo estrellado de verdad. Es casi como de portada de libro romántico. El momento es perfecto, así que me lanzo a estropearlo dándole un beso.

Vale, no lo estropeo, porque Gabri me corresponde. Besa con ternura, no es de esos de meter la lengua como un molinillo. Es un beso suave y cálido, y por un momento ya no envidio a mi amiga Beatriz y sus vacaciones en la playa.

—¿Tienes condones?

Creo que he sido demasiado directa. O no, no lo sé. Pero es que no quiero volver a montármelo con la ducha. Quiero que este momento perfecto termine de una forma perfecta.

Gabri parece algo descolocado, no se esperaba que fuese tan rápida, pero no parece juzgarme. Sé que Maxi me habría tomado por un putón y se lo habría contado a todos sus colegas. Gabri sin embargo me pregunta si quiero hacerlo de verdad.

—Vaya si quiero hacerlo.

Vale, he vuelto a ser demasiado directa. Pero Gabri se ríe tímidamente. Eso está bien, esa risa demuestra sinceridad. Dios, debería dejar de analizarlo todo.

Así que le beso, esta vez dejo de lado la ternura. Quiero acción. Giramos un poco, la excitación de poder caernos me pone aún más cachonda.

Y entonces todo se va al traste.

—¡Ay, ay!

—¿Qué te pasa? ¿No te habrás...?

—¿Eh?

No, no es eso.

—Me he clavado algo en la pierna.

Miro y sí, se ha clavado un hierro oxidado. Está sangrando, no soy aprensiva pero no me gusta ver sangre. Así que le hago una

pregunta que esperaba que me hiciese él.

—¿Te duele?

Vaya si le duele. Bajamos del pajar como podemos y volvemos con el resto. Ahí se acaba mi historia de amor veraniega. Mi primer rollete pinchándose la antitetánica y todos recibiendo una bronca del quince por ir a ese sitio tan peligroso, la pesadilla de cualquier madre obsesiva compulsiva.

El resto del verano Gabri se lo pasa con el pie vendado y sin poder hacer nada, y yo castigada cuando Maxi se lo cuenta todo a mis padres para no llevarse la bronca. Lucy acaba enfadada con Fini y no se hablan, así que tampoco tengo amigas con las que salir. Porque si salgo con Lucy, Fini no me habla, y si salgo con Fini, Lucy más de lo mismo.

Un verano prometedor que luego pasó a ser aburrido y que se volvió prometedor de nuevo, vuelve otra vez a convertirse en un verano largo y aburrido. Y sin móvil, instagram ni nada similar, porque en esta época no se llevan. Cuento los días para que se acaben las vacaciones, mientras veo de nuevo otra vez la reposición de Verano Azul y del Príncipe de Bel Air. Bueno, esta última no tengo claro si es una reposición o es que yo ya la he visto antes.

El último día, antes de marcharme, Gabri se acerca con su pie vendado y me entrega una carta. Me pide que no la abra hasta llegar a mi casa. Me paso todo el viaje en coche escuchando de nuevo a Manolo Escobar, sudando como un pollo, retorciendo esa carta entre mis dedos.

Sé que me va a gustar. Y a la vez sé que me va a romper el corazón.

5

¿Y SI...?

La carta de Gabri es una historia. No podía ser de otra manera. Pero no es una historia completa. Gabri me ha escrito el principio de nuestra historia, un “y si...”. ¿Qué habría pasado si no se hubiese clavado aquel hierro? Su historia es nuestra historia, y me cuenta en tres páginas lo que habría pasado después. Me cuenta el increíble verano que habríamos vivido, las risas y complicidades que nos habríamos contado, los besos que me habría robado. Me cuenta lo especial que me habría hecho sentir. Bueno, en realidad eso no lo cuenta, pero es lo que siento al leer sus palabras. La historia termina conmigo montándome en el coche, y él despidiéndose. Es una historia sin terminar, con puntos suspensivos, y me pide que la complete y se la envíe. En la carta hay una dirección, su dirección, así que decido continuar por donde él lo ha dejado.

Me cuesta mucho continuar, nunca había escrito nada más allá de unas cláusulas de contratos. No sé por qué me metí a derecho. Supongo que lo hice porque era lo que tocaba, por cierta practicidad. Así que intento escribir y reescribir nuestra historia, tirando a la papelera un papel tras otro.

Tres días después, por fin consigo acabar esa carta y se la envío. A los dos días recibo otra carta, continuando la historia por donde la he dejado. En mi relato volvíamos a vernos al verano siguiente, y los besos furtivos se convertían en besos oficiales. Somos novios, y me siento feliz por tenerle a mi lado.

Gabri acaba su relato de nuevo con puntos suspensivos, y de nuevo me pide que lo continúe. Esta vez empiezo a soltarme, a imaginar, a pulir lo que digo en ese papel. Ya no arrugo tantas hojas. Cada vez se me da un poco mejor.

Pasan los meses, y nos seguimos retando con ese relato interminable de nuestra historia ficticia. Cada vez me divierte más, quién me lo iba a decir, y sigo y sigo escribiendo. Cada vez el sobre es más y más grueso, con más y más folios dentro. Lo que comenzó como una carta de despedida se ha convertido en una gran aventura.

Un día, Gabri me cuenta que se ha enterado de un certamen literario, que si quiero que envíe nuestro relato. Al leerle siento vergüenza, pero luego pienso que da igual, que soy una adulta atrapada en el cuerpo de una adolescente, que he viajado en el tiempo, que qué más da pasar vergüenza, qué más da que otros lean lo que siento. Todo el país me vio montármelo en un video viral. Al lado de eso, todo me parece fácil de superar. Así que accedo.

Contra todo pronóstico, quedamos segundos. No ganamos, aunque el premio era una estatua muy fea y un cheque regalo bastante ridículo. Pero siento que algo se ha despertado en mi interior. Sigo escribiéndome con Gabri, pero a la vez quiero escribir por mi cuenta.

Empiezo a escribir sobre lo que siento, sobre lo que vivo en mi día a día. Se lo dejo leer a Beatriz, que por primera vez se queda callada. Espero un comentario mordaz, una burla, pero en lugar de eso me abraza. Dice que le ha llegado.

Esto me anima a escribir más. Se me acaban las historias que me rodean, y decido inventarme nuevas. Me imagino todo tipo de situaciones, en todos los “y si” posibles que podría haber vivido.

No puedo dejar de escribir, y cada vez tiro menos folios. Me animo a mí misma a presentar algunos relatos en el certamen del instituto, y una profesora de lengua me dice que lo hago bien para mi edad.

Para mi edad. Si yo le contase.

Me da una lista de tareas y me anima a escribir más y más.

Pasa un año, y cada vez escribo más para mí y menos para Gabri.

Hasta que un día ya no recibo sus cartas. Siento cierta nostalgia por ese amor perdido. Pero a la vez me siento motivada por lo que ha despertado en mi interior.

Así que escribo más y más, me presento a más certámenes y por fin gano uno.

¡HE GANADO UNO!

Vale, es de mi ciudad, pero no está nada mal.

El tiempo pasa, y llega el momento de decidir qué carrera quiero estudiar. Pero ya no soy esa chica que escogió derecho porque era lo que tocaba, porque a mis padres les hacía ilusión. Ahora tengo un interés profundo, una nueva pasión nacida de un amor de verano.

Así que les cuento a mis padres que quiero dedicarme a escribir. Tal vez estudie periodismo para curtirme. Casi les da un patatús, pero acaban accediendo. Total, la niña ya es mayor para decidir qué estudiar.

Entro en la facultad de periodismo y descubro que no sé nada de nada. Descubro que creía saber escribir, pero no. Aprendo muchas cosas teóricas, y muchas otras prácticas como jugar a cartas en la cantina de la facultad.

Paso de curso con buenas notas, me gusta lo que hago. Veo en el tablón de anuncios un papel colgado donde se ofertan prácticas en un periódico local y lo cojo sin dudar.

Escribo sobre noticias pequeñas, muy pequeñas, pero me gusta. Me permiten dar mi enfoque, buscar mi ángulo de la vida en todo lo que narro.

Sigo aprendiendo y la carrera se me pasa en un plis plas.

Por el camino me echo un novio en la facultad y flirteo con cierta bisexualidad durante una fiesta del campus. Algunos compañeros me ven y se ríen, pero da igual. Nunca será peor que aquel vídeo viral.

Dejo a ese novio, me echo otro, esta vez del periódico donde he entrado a trabajar tras acabar la facultad. Me han recomendado un par de profesores. Sí, uno de esos profesores es mi futuro novio, que además escribe en ese periódico. Ya no me interesan los Maxis, ahora estoy más centrado en los Gabrieles.

Qué lejos queda aquel día en el que volví atrás en el tiempo, cuando deseé que la tierra se me tragase y poder empezar de cero.

Lo he hecho, he empezado de nuevo, pero esta vez he decidido arriesgarme. Quiero probar lo que nunca probé, que mi vida sea un

“y si” constante. Por el camino me hago corresponsal de guerra, casi me vuelan la cabeza en una de esas aventuras, y decido que tampoco quiero vivir tan al límite. Lo he probado, sé lo que es, pero no es lo mío.

Vuelvo a trabajar en un periódico local, y de ahí salto a uno nacional. Y es ahí donde vuelvo a reencontrarme con un viejo amigo, y ahora compañero.

—No terminaste nuestra historia.

Gabriel, o Gabri, me sonrío tras soltarme la pullita. Atrás ha quedado aquel chico. Ahora tengo delante a un hombre hecho y derecho, con esa misma mirada profunda y sincera. Sigue pareciendo una buena persona, y me sigue poniendo mucho.

—¿Qué ha sido de tu vida?

Eso es lo que se dice en estas ocasiones, y la frase me suena a cliché.

—Mis padres se divorciaron, eso te lo conté, y me mudé con mi madre fuera de España. Nos fuimos a Alemania durante cinco años. Así que no te sientas responsable por no escribirme. No habría recibido las cartas.

Gabri sigue siendo muy interesante, muy pero que muy interesante. Y noto que él siente lo mismo por mí. Ya no soy aquella niña que le fastidió todo un verano. Me quedan seis años para alcanzar a la chica que fui en otra vida, y que viajó hasta su adolescencia. ¿Qué pasará cuando llegue ese día?

Decidimos salir a celebrar nuestro reencuentro. Salimos con más compañeros, de afterwork. Ay, qué peligro los afterworks. Solo que ya no me importa el qué dirán, así que me lanzo y beso a Gabri. Su beso sigue sabiéndome dulce y tierno.

Nos enrollamos en el taxi de camino a su casa.

Al entrar me pide que no haga mucho ruido. Supongo que debe compartir piso, aunque me sorprende porque tiene un buen sueldo.

Nos quitamos la ropa entre risas, nos besamos, recorremos nuestros cuerpos, nos redescubrimos.

—Esta vez me aseguraré de no tener ningún hierro oxidado cerca.

Me da la risa, le da la risa.

Más caricias.

Más besos.

Más deseo.

En resumen: el mejor polvo de mi vida. Y en esta nueva vida he tenido polvos memorables.

Acabamos exhaustos, pero sin hacer mucho ruido. No podemos despertar a ese compañero de piso.

—Es chica. Y no es exactamente mi compañera.

Al levantarme por la mañana, entiendo a lo que se refiere cuando veo un dibujo infantil colgado en la nevera.

Allí está, una niña de unos ocho años, desayunando cola-cao con galletas. No Nesquik, sino cola-cao, como Dios manda.

Supongo que lo habréis averiguado. Gabri no vive solo.

Vive con su hija.

6

UNA FAMILIA FELIZ

—¿Tú eres tonta o qué te pasa?

Beatriz no ha cambiado nada. Es la misma de siempre, con su tacto de siempre.

—¿Cómo vas a hacerte cargo de una niña si tú eres aún más niña?

—No me importa. Y sé que puedo hacerlo.

—¿Tú te escuchas? ¿Cómo que no te importa? Claro que te importa. Te importa y mucho.

Si le cuento lo de mi viaje en el tiempo no lo va a entender.

—No lo entenderías.

—Pues intenta que lo entienda.

Allá voy. A ver cómo se lo digo sin que llame a un psiquiatra.

—Siento como si esta vida que estoy viviendo ya la hubiese recorrido. Como si estuviese viviendo todo por segunda vez.

Vale, me está mirando como si fuese a llamar a un psiquiatra. O peor, como si fuese a quitarme la copa que me estoy bebiendo.

—Por segunda vez.

—Sí, por segunda vez.

—A ver, repítemelo.

—De eso se trata. De repetir. Imagínate que ya hubieses vivido tu vida, o parte de ella, y te hubiesen puesto de nuevo en la casilla de salida.

—Como en el parchís.

—Más o menos. Imagínate que pudieses volver a recorrer el camino, pero esta vez decidiendo con claridad, sabiendo lo que ya has hecho antes. Digamos que tú ves a una tía de treinta y pocos...

—Treinta y muchos...

—Treinta y muchos, pero en realidad tienes que sumarme quince años más.

—O sea que eres una milf.

Eso me ha gustado. Creo.

—Soy más adulta de lo que parezco, porque he vivido más años de los que realmente tengo.

Si saca ahora su móvil, fijo que llama al psiquiatra.

—Vale, digamos que lo que dices no es producto de este gintonic.

—No, no lo es.

—¿Eso te obliga a hacerte cargo de esa niña?

—No, eso me hace ver que quiero hacerme cargo de esa niña.

—Así que vas a ser su madre.

—No, ella ya tiene una madre. Voy a ser una especie de colega guay. Voy a tener todo lo bueno de los niños, pero sin dar a luz.

—Estás como una regadera.

—Ojalá.

Me mira como si estuviese loca, pero a la vez noto que quiere creerme. Beatriz siempre ha sido una buena amiga, ha estado ahí a las duras y a las maduras, es de esas amigas que siempre está para sujetarte el pelo cuando vomitas, para sujetar la puerta mientras orinas en el peor baño del mundo, de esas amigas que siempre tienen un paquete de clínex para cuando necesitas llorar, o cuando necesitas sentarte en el peor baño del mundo donde acabas vomitando otra vez.

—Bueno, tú sabrás. Yo solo te digo que te lo pienses bien, que me parece un poco precipitado.

Si fuese la de siempre lo sería, pero ya he vivido mi vida adulta una vez, y sé lo que quiero.

A los dos días me mudo con Gabri. Ya era más o menos oficial en el momento en el que dejé mi cepillo de dientes y mis támpax, pero ahora sí o sí vivimos juntos.

Los tres.

La vida, bueno, esta nueva vida, me ha enseñado a no perder el tiempo. Y así lo hago.

Los primeros meses son difíciles, no lo voy a negar. Pero la niña es maja. Se llama Luisa, por cierto. Se lo pusieron por la madre de Gabri, que murió antes de que naciese. La niña es un sol, y me llevo bien con ella. Supongo que porque no intento ser su madre, ni su colega. Simplemente vivimos juntos, somos compañeras de piso.

Lo mejor de todo es que compartimos nuestra pasión por el colacao. Y por las comedias chorras de netflix. Nos gusta bucear en la morralla de su catálogo, en esos productos que no verías ni un domingo de resaca. La mejor parte es cuando leemos las sinopsis, nos podemos tirar horas y horas antes de elegir qué ver. Gabri ha educado a una niña fantástica. Su ex mujer también, no es de esas que se largan sin más. Es una tía encantadora, esta historia no va de tías que se despellejan por un tipo. Eso se lo dejo a Lucy y Fini.

Por las noches le leo algún cuento, aunque ella prefiere que me los invente. El que más le gusta es el de una chica que la caga a base de bien y viaja al pasado para arreglarlo. Pero en lugar de eso, decide empezar de cero una nueva vida, haciendo lo que siempre quiso hacer. Por supuesto, omito los detalles sexuales, no soy una rarita.

—¿Y si volviese a pasarle a esa chica lo del vídeo, haría lo mismo?

Luisa me acaba de lanzar la pregunta del millón. No creo que acabe de la misma manera, sería imposible ¿Pero y si no es así? ¿Y si la cago y tengo que volver a la casilla de salida una tercera vez? ¿Volvería a hacer lo que estoy haciendo ahora?

—Supongo que de eso se trata, de aprender de tus errores.

—Yo también quiero volver al pasado.

—¿Ah, sí? ¿Y para qué?

—Para poder elegir otra serie distinta a la que hemos visto. No me ha gustado nada.

Esta niña es la bomba. De mayor quiero ser como ella.

—A dormir.

Le dejo la luz del baño encendida para que no tenga miedo, y me quedo mirándola un rato en la puerta. Aquella carta de Gabri no solo me dio una profesión, también me ha dado una compañera de piso cojonuda.

Y mucho sexo del bueno.

Con Gabri el sexo puede pasar de lo tierno a lo salvaje, y luego a las caricias y las risas. Es una montaña rusa impredecible en la que me encanta montarme, y a veces me dejo arrastrar.

Tal vez demasiado.

JODER, JODER, JODER. Hace dos semanas se me olvidó tomar la pastilla. Y sí, ha pasado lo que tenía que pasar.

Compro tres test de embarazo, y todos me gritan un positivo en la cara. Vale, no lo tenía previsto, pero hemos venido a jugar.

Se lo cuento a Gabri, y su primera reacción es echármelo en cara.

Que no, qué va, como si no conocieseis ya a Gabri. Su primera reacción es abrazarme y decirme lo mucho que me quiere y lo feliz que está. Y yo también lo estoy.

Se lo contamos a Luisa cuando vuelve del colegio. Se queda en silencio, pero luego me pone la mano en la tripa y me dice que aún no se me nota. Esa misma tarde decide empezar a escribir un montón de cuentos para cuando nazca el bebé. Dice que quiere contarle millones de historias y no puede perder el tiempo. Yo le digo que primero son los deberes, y luego ya lo otro.

Es una niña fantástica.

Pasan los meses, y las distintas revisiones se suceden. Todo va sobre ruedas. Voy a tener una niña, pero ha decidido ponerse de culo. Intentan darle la vuelta, pero no hay manera.

Así que llega el día, pero no es un día al azar. Me programan la cesárea para dar a luz. No es como en las pelis. En las pelis la prota rompe aguas, corre al hospital y si se descuida el bebé sale por el camino. En las pelis todo es impredecible, raro, mágico.

Aquí todo es programado. Llegamos al hospital y el doctor nos dice que podría dar a luz hoy que es viernes, o irme a casa y esperar al lunes. Estoy tan acojonada que le digo que mejor el lunes, que es viernes y quiero ir a tomar unos churros. Gabri está de acuerdo, él está tan asustado como yo. El doctor nos mira con cara de circunstancias, y decide que esos churros van a tener que posponerse.

Así que esa misma mañana nace mi pequeña. Gabri está sentado a mi lado, es a él a quien se la dan para que haga el piel con piel. Es raro no hacerlo yo misma, pero pienso que si hubiese vivido en la Edad Media a lo mejor no lo estaría contando. Agradezco vivir en un tiempo más civilizado.

Tras coserme, me dan a mi hija y subimos a una habitación. Tenemos suerte y no nos toca compartirla con nadie. Ahí está mi pequeña Julia. Nos costó horrores elegir un nombre, y acabamos llegando a un acuerdo: yo le pondría nombre a la niña, y él al siguiente, fuese lo que fuese.

Pasa un año en el que no duermo nada de nada, pero en el que no puedo ser más feliz. Sí, la maternidad no es como te la cuentan, tiene partes horribles y es muy dura. Pero ahí está esa carita mirándome, y yo me derrito. Además, los puntos de la cesárea han cerrado bien.

Intento darle el pecho, pero no consigo sacar mucha leche. Sé que este detalle no os importa, pero quería contarlo. No soy una madre perfecta, ni aspiro a serlo. Con no ser mala madre me conformo. La pediatra decide que el bebé tiene que comer, así que le pone leche de fórmula.

Pasa todo un año y la pequeña Julia crece sana y fuerte. Miro el calendario y pienso qué estaba haciendo en ese momento en mi otra vida. Creo que me había pedido vacaciones en mi antiguo trabajo, y estaba viajando con Beatriz por las islas griegas.

Sí, así es. Un mensaje de la zorra de mi amiga en una playa paradisíaca de Mikonos me lo confirma. Beatriz se ha largado con un rollete que conoció en el cumpleaños de Gabri. Solo verse se cayeron mal, muy mal. Luego se enrollaron, se volvieron a caer mal, se volvieron a enrollar y ahora están medio emparejados.

Pienso en esa otra Silvia, disfrutando de la playa, tirándose a aquel italiano que conoció de fiesta en un chiringuito a las seis de la tarde, a ese Maxi latino. Aquella Silvia se ha perdido en otra vida. Esa Silvia de alguna manera se está borrando.

Pasan los días, y Beatriz vuelve de sus vacaciones para restregarme su moreno brillante y sus polvos en la fina arena de la

playa. Pienso en ella, y me siento feliz. Mi vida ha cambiado radicalmente, pero ella sigue ahí, acompañándome en el viaje.

Unos llantos me sacan de mis pensamientos. Son las cuatro de la mañana, y la pequeña tiene hambre. Gabri se levanta, es lo bueno de dar el biberón. No pongo mucha resistencia y vuelvo a dormirme. Mañana es un día duro.

Se me ha acabado la excedencia. Mañana tengo que volver al curro.

Casualmente, mañana es el día en el que toda mi antigua vida se va al garete.

O se fue al garete.

ESA OTRA CHICA VIRAL

Vuelta a la rutina. Vuelta al café en vena, a dejar a mi hija en la guardería, a correr para llegar a tiempo a la redacción del periódico. Entré escribiendo noticias locales y al tiempo pasé a sociedad. Les gustaba cómo impregnaba con mi punto de vista todas las historias. Me gusta buscar ese ángulo extraño que nadie ha tratado y ponerlo sobre papel. Bueno, sobre una pantalla, porque ya nadie compra papel.

Al llegar me encuentro que no tengo mesa donde sentarme. Coge un portátil y ponte por allí, me dice Juanjo, un colega con más años. Pues nada, allá que voy a sentarme al lado de la cafetera, una de esas de cápsulas que quedan muy monas en las oficinas pero que se cargan el planeta. Odio esas máquinas, son el ejemplo de lo vagos que nos hemos vuelto.

Me hago un café. Sí, qué pasa, tengo conciencia ecologista y me gusta esa tal Greta. Pero no haber dormido en toda la noche por los cólicos de Julia me hace olvidar de vez en cuando el Amazonas. Sí, sé que sueno algo irritada, pero no es solo por no haber dormido. Me está costando horrores separarme de mi peque, qué le vamos a hacer.

En fin, que me meto en vena un café, tiro la capsulita a la papelera llena de capsulitas, abro el correo, me hago un rato la remolona y entonces ¡PUM! Como si se tratase de una serie de esas de misterio sobrenatural, me encuentro de repente en una situación fantásticamente fantástica. Y cuando digo fantástica no es de genial, sino de rara.

Muy rara.

—¿Te has enterado del último viral?

A mí me vas a hablar de virales. Mi jefa es la hija de un famoso director de periódicos. Tiene talento, pero no estaría ahí si no fuese por su nombre. Se nota de dónde viene, ese estilo no se enseña. Ese estilo te lo meten en vena desde pequeña. Ella seguro que no tenía posters de Sensación de Vivir en su habitación. Fijo que tenía un poni llamado Relámpago, o tal vez Lucero. Yo los únicos ponis que vi estaban en las atracciones de la feria de mi barrio, antes de que se prohibiese el uso de animales en cosas de ese estilo.

—¿Crees que tengo tiempo de ver virales?

—A mí no me hables así.

Está de broma. Somos algo parecido a amigas. En serio, es buena tía.

—A ver, cuéntame lo de ese viral.

—Es tu próximo reportaje. Te lanzo los hits: vídeo y hot.

Me suena.

—Grupo de whatsapp equivocado. Muy equivocado.

Me suena aún más.

—El novio, bueno ahora ex novio y para más morbo de la infanta. Se ha sabido después de publicarse el vídeo.

Me suena horriblemente mal. Muy, muy, pero que muy mal.

—El vídeo ha rulado por medio país. Y el otro medio está a punto de recibirlo.

Suena mi móvil. Es un mensaje de Whatsapp. Me da miedo abrirlo.

Me armo de valor.

Respiro hondo.

Abro el mensaje.

Ahí está el vídeo. Ahí está Raúl. Ahí está su habitación. Y ahí estoy yo, haciendo aquello que hice. Destrozando mi vida.

No, espera, no soy yo. Se me parece, pero no soy yo.

Respiro aliviada. Parece que alguien ha ocupado mi lugar. Por alguna extraña razón cósmica, el futuro quiere que alguien se coma ese marrón.

—No creo que me vea con fuerzas de hacer todo este proceso de investigación.

—Sé que tú puedes.

Claro que podría, he investigado temas más difíciles, he llegado a protagonistas más complicados. Pero no quiero. No me apetece. No pienso volver a algo así.

—Dame algo más sencillo para empezar.

Mi jefa me mira por encima de sus gafas que valen todo un sueldo de mi mes, enfundada en su traje que vale todo el sueldo de un año.

—Vale, ponte con Juanjo de refuerzo.

Respiro aliviada y decido no tomarme ningún café más. Este encuentro me ha puesto muy nerviosa.

Llego a casa y Gabri ha salido con Julia a pasear. Sabe lo duro que es un primer día y me ha dado un respiro. Él se ha cogido ahora la baja y así nos combinamos. Además le ha dado por teletrabajar. Desde lo del covid es más sencillo que te dejen currar desde casa.

Me pongo una copa de vino. La botella lleva abierta una semana, es lo que tiene no poder emborracharse como antes. Ahí sigue la pobre, esperando a que alguien la consuma antes de que se convierta en vinagre cual Cenicienta.

Me tiro en el sofá y pongo la tele. Cuando me quiero relajar recurro a la tele tradicional, nada de plataformas con series. Me gusta no pensar, darle a un botón y ver lo que aparece. Sin complicaciones, sin decisiones.

Pero hoy no va a ser así.

Hoy el viral de esa pobre chica está en todas partes. Da igual el número de botón del mando que apriete, da igual si es un programa de corazón, de política, un concurso. Este viral lo contamina todo. Mezclar monarquía con sexo y nuevas tecnologías vende y mucho.

Me sorprende que en todos esos programas nadie hable de Raúl. Cuando me pasó a mí era demasiado tonta para verlo, o estaba demasiado agobiada, o era tonta y estaba agobiada, pero ahora me indigna. Todos hablan de esa pobre chica, pero nadie del tipo que tenía novia, una novia de la realeza. Dicen que hemos evolucionado como sociedad, pero yo sigo viendo a los mismos machirulos que se pavoneaban en la piscina del pueblo, solo que ahora visten mejor y ocupan platós y horas de televisión. Muchas de ellas también entran en el juego, lo que me enfada mucho más.

Pensé que podría quedarme al margen, no quería arriesgarme a que de repente el destino cósmico me volviese a poner en el ojo del huracán, o que me mandase de nuevo al pasado.

Pero no puedo, no puedo dejarlo pasar. Esa chica está sufriendo por mi culpa. Yo debería estar ahí.

Así que dejo mi copa de vino a punto de convertirse en vinagre y escribo a mi jefa. Voy a aceptar el encargo. Cubriré la noticia de ese viral. Pero lo haré a mi manera, con mi enfoque.

Ella me responde con el emoticono de la bailarina. Supongo que eso es un sí.

Así que me pongo a investigar, aunque no necesito investigar. Esa chica trabaja en la misma empresa donde estaba cuando todo sucedió. Raúl sigue siendo el mismo, sigue trabajando en el mismo sitio, sigue pasando por delante de la misma mesa todos los días. ¿Se liaría conmigo por eso? ¿Si me hubiesen dado una mesa que no estuviese al lado del baño, todo esto no habría pasado? Hace tiempo habría matado al de recursos humanos que decidió colocarme ahí. Fue por su culpa que yo acabase donde acabé. Pero ahora pienso en mi pequeña Julia, en Gabri, en Luisa, en mi profesión, en todo lo que he vivido gracias a convertirme en una chica viral, y le comería la cara a besos. Bueno, siempre que no fuese ese baboso de Ramírez de recursos humanos el que lo hubiese decidido. A ese no le daría ni los buenos días.

Voy a la empresa en cuestión, a mi antigua empresa. No tengo acreditación, pero ni falta que hace. Sé cómo entrar, por la puerta del parking que usábamos los viernes para largarnos antes sin que nos viesen los de seguridad. Menudas cogorzas pillábamos en el bar de enfrente. Sí, lo sé, trabajé pocos meses en la empresa, pero en Madrid lo de emborracharse un viernes al mediodía después del trabajo es una tradición tan arraigada como conducir mal.

Entro sin que nadie me vea y me siento como una súper espía. Me cruzo a una antigua compañera y tengo miedo de que me reconozca. Pero no lo hace, claro que no lo hace. ¿Cómo lo iba a hacer? Para ella jamás he existido. Esa otra vida jamás ha pasado.

Llego a la cuarta planta y entro en la oficina. Veo al fondo la mesa vacía, ya suponía que no estaría. Ahí sigue sin embargo Raúl,

riendo y comentando la anécdota con varios colegas y un par de tías. Para él nada ha cambiado. La que se ha quedado sin curro y sin vida es esa pobre que ha ocupado mi lugar, que se ha comido mi marrón. Él es tan solo el machote que se tiraba a la infanta y que había tenido el honor de no contarle hasta ahora.

Me dirijo segura de mí misma hacia la mesa. No hay mejor forma de colarte en un sitio que hacerlo con seguridad, nadie pregunta nada. Una vez allí, rebusco entre los cajones, con disimulo. Tiene que haber algo que me diga dónde demonios vive esta chica.

Veó que no ha recogido nada, seguramente no haya vuelto al trabajo. Yo volví, y sé lo que se siente.

Un momento.

¿Qué es eso?

Un vale de taxi. De esos que te pagan las empresas a cambio de quedarte hasta tarde y no cobrar las horas extras, de esos que te dan como premio de consolación, como cuando en un concurso te toca el juego del programa en lugar del coche.

Ahí tiene puesta su dirección, así que me lo quedo.

Uso el vale, qué demonios. Ya que lo tengo. Así que el taxista me lleva al destino.

La chica vive en Malasaña, en el centro de la ciudad. Me gusta el ambiente que tiene los días laborables. Casi parece un barrio de verdad y no el parque temático en el que se ha convertido.

Llego hasta la plaza del dos de mayo donde los mendigos del barrio están haciendo su vermú de birras matutino y me meto por una callecita pequeña, repleta de negocios pretendidamente humildes que en realidad están milimétricamente estudiados para dar la impresión de ser acogedores y sencillos.

Antes todo eso no me sacaba de quicio, supongo que me he hecho mayor.

O aburrida.

O a lo mejor las dos cosas.

Dejo de lado estas ideas cuando llego a su portal. Llamo al timbre y me abre. Le he dicho que traía un paquete, y parece que ha colado.

Al abrir la puerta de la casa la chica se queda a cuadros. No tengo pinta de repartidora, así que le confieso la verdad.

—No quiero hablar.

—Lo sé, créeme que lo sé.

—No, no puedes saberlo.

Está bastante afectada, desconfía de mí. Yo lo haría.

—Quiero que te leas lo que he escrito antes, para que veas mi punto de vista. Si no te parece bien, aquí y ahora es la última vez que nos vemos. Pero antes de decidir, quiero que sepas que no me parece ni medio normal lo que te está pasando. Estás soltera, tienes derecho a hacer lo que quieras. Y aunque estuvieses casada y con ocho hijos. Por eso quiero contar tu historia, la historia de muchas otras. No tienes por qué creerme, pero espero que me creas.

Por un momento, creo que me va a cerrar la puerta, pero finalmente accede a leer lo que he escrito antes.

Se lo enseño en su tablet, y durante cinco minutos guarda silencio. Al acabar, pone una condición.

—No quiero que te metas con Raúl. Él tampoco tiene la culpa. Fui yo quien la lié parda.

—Pero no te dijo que tenía novia.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis fuentes.

—Da igual. Prométemelo.

Se lo prometo. Así que nos ponemos al lío. Grabo la conversación con mi móvil, mientras le pregunto cómo sucedió todo. Me cuenta una historia calcada a la mía, es como si la vida que yo había vivido la hubiese heredado ella, punto por punto, conduciéndola hasta ese momento.

Le prometo que voy a intentar que mi artículo cambie las cosas, que la gente entienda que lo que le están haciendo no está bien. Cuando llego a casa lo transcribo todo, mientras Gabri se ocupa de Julia. Escribo llevada por una emoción que hacía tiempo que no sentía, porque en el fondo estoy escribiendo sobre mí misma.

Termino a las siete de la mañana y se lo envío a mi jefa.

Ese mismo día el artículo aparece en los medios. Es retuiteado hasta la saciedad, y compartido por miles de personas.

Pero no sirve de nada.

La máquina de echar fango sigue rodando. No voy a poder cambiar el mundo en el que vivo, no puedo evitar que la gente sea como sea.

Pasan tres días, y me digo a mí misma que he hecho todo lo que he podido. Así que sigo con mi vida, escribiendo sobre otros temas.

A las dos semanas salta la noticia. La chica se ha suicidado. No aguantaba la presión. ¿Habría acabado yo igual de no haber vuelto a empezar de cero?

La culpa me corroe. Yo no quería esto, pero lo he provocado. Huí, y ahora debo hacer frente a las consecuencias.

Gabri me nota muy afectado, incluso la pequeña Julia parece percibir algo.

—¿En qué piensas?

—En lo que podría haber sido y no fue.

—¿Te arrepientes de la vida que tienes?

Le beso con ternura.

—Por supuesto que no. Jamás.

—Jamás es mucho tiempo.

—Esa frase suena a anuncio de colonias.

Gabri se ríe y me besa. Me besa con una ternura que me desborda.

Pasan los meses, pero no me puedo quitar de la cabeza a esa chica. Ella confiaba en mí, le prometí que todo cambiaría. Pero nunca le confesé que estaba en esa situación por mi culpa.

Así que tomo una decisión.

Una que volverá a cambiar mi vida para siempre.

Voy a volver a empezar de cero.

Y la salvaré.

RE-VUELTA A EMPEZAR

¡RIIIING!

No sabía si iba a funcionar, pero ha funcionado. Esa noche me despedí de de Julia, y le prometí que nos volveríamos a ver. Gabri no entendió nada cuando se lo expliqué. Repasé lo que había hecho aquella noche, años atrás.

Así que repetí el proceso.

Y aquí estoy, de nuevo, en el cuerpo de una adolescente en mi antigua habitación.

Vuelve a ser el último día del insti, vuelvo a reencontrarme con Pili, la más chungueta del insti, que me amenaza con enviarme a su hermano. Esta vez no digo nada, tan solo la abrazo. Se queda descolocada, no sabe cómo reaccionar, nunca nadie la había abrazado. Le regalo mi goma del pelo sin decirle nada y la vuelvo a abrazar. La fachada que ha construido Pili durante años se desmorona por un momento. Pero tiene que aparentar, tiene que recomponer ese caparazón y me empuja de nuevo.

No me importa, le sonrío y me marcho. Tiempo después, me enteraré de que eso le hizo cambiar un poco, la sacó de una relación tóxica de miseria. Siguió conservando aquella goma de pelo, y ahora es una mujer fuerte y decidida que trabaja en una escuela infantil. Me alegro por ella.

Veo de nuevo a Beatriz, mi amiga del alma, y le hago el mejor regalo de su vida: una lista con todos los nombres de los tíos que le van a joder bien jodida. Cuando nos volvamos a ver, los habrá evitado, saltándose todos esos traumas y encontrando por fin a un tío a su altura.

Me alegro por ella.

Vuelvo al pueblo de vacaciones, y esta vez disfruto del viaje, de mis padres, de Manolo Escobar y de la brisa que entra por la ventana. Me siento agradecida por poder compartir ese momento. Al llegar veo a mi abuela con su sillita en la puerta y la abrazo con todas mis fuerzas. Morirá un año antes de realizar este nuevo viaje. Sí, sé que debería haberos contado esta parte, pero no quería ponerlos tristes. Hay muchas cosas que no os he contado de mi primer viaje. No os he contado nada sobre el Alzheimer que diagnostican a mi madre, y que no voy a poder evitar por mucho que vuelva atrás en el tiempo. Da igual que consiga que se lo detecten mucho antes. La enfermedad seguirá su curso. La veo jugar con Julia y me siento agradecida, por un momento encuentro consuelo, hasta que descubro cómo se confunde poniendo los tenedores en nuestras comidas de los domingos. Ahí se me forma un nudo en la garganta. Tampoco os he contado las relaciones tóxicas que tuve, de cómo aquel profesor con el que salía me dejó marcada, pero de verdad, y durante un tiempo no fui capaz de acercarme a nadie. Por mucho que empiece de cero, nunca podré borrar esas marcas que dejó en mi interior. Y en un ojo.

Por suerte, vuelvo a tener todo el tiempo del mundo para saborear las partes buenas. He aprendido a disfrutar del trayecto. La primera vez me costó, pero ahora soy más madura, soy distinta.

En el pueblo le digo cuatro verdades a Maxi y sus colegas. Les hago una masterclass acelerada de feminismo. Se lo toman a cachondeo y se meten conmigo. Supongo que no todo el mundo puede cambiar. Gabri es el único que me defiende, además de Lucy y Fini. Ese verano no se pelearán por Maxi, ni por ningún tío más. Estaremos las tres juntas, disfrutando de nuestro verano. Fini volverá a liarse con su rollete de verano, y lo hará porque en el fondo le gusta, le gusta de verdad. La he prejuzgado, así que intentaré mantener a partir de ese momento el contacto con ambas. Seguiremos escribiéndonos, y luego buscándonos en Facebook. Quedaremos una vez al año y nos emborracharemos y brindaremos por ese verano.

Pero queda un asunto pendiente.

Antes de marcharme del pueblo, soy yo quien busca a Gabri y le entrega la carta inconclusa. Le pido que no la abra hasta llegar a su casa y que me responda cuando pueda.

Ya no necesito su empujón para saber lo que quiero hacer. Esta vez soy yo la que motiva a Gabri. Volvemos a encontrarnos años después en el mismo periódico, pero esta vez no soy una novata. Llevo ya un tiempo trabajando en distintos medios, y me presentan como el fichaje estrella. Todos se sorprenden de que escriba tan bien para ser tan joven, lo que no saben es que en realidad no tengo la edad que aparento. En mi interior ya he vivido varias vidas, y aprendido de ellas cada día.

Conozco de nuevo a la pequeña Luisa, volvemos a disfrutar de bucear en el catálogo de Netflix antes de decidirnos por ver algo. Gabri vuelve a ser el amor de mi vida, vuelvo a disfrutar de los mejores polvos, y vuelvo a cometer el mismo desliz, esta vez a propósito.

Vuelvo a sufrir una cesárea y vuelvo a disfrutar de la falta de sueño gracias a mi pequeña Julia. Mi vida vuelve a ser fantástica, pero hay algo que debo resolver.

Por eso he vuelto.

Busco a la chica y le cuento una pequeña mentira: Raúl tiene herpes, me lo pegó. La chica se horroriza y evito que cometa un error que le costará la vida.

He roto el círculo. Ya nadie ocupará mi sitio.

Pero esto solo es un parche, hay que cambiar mucho más. Por eso, durante todos los años que he vuelto a vivir, me he dedicado a escribir sobre este tipo de injusticias, por eso un buen día me decido a lanzarme con algo más grande: un libro.

En 2020 publico este libro que estás leyendo, esperando que tú también me acompañes en este viaje que empezó hace ya muchos años.

Julia y Luisa crecerán, y espero que lo hagan en un mundo donde una chica pueda ser viral sin que su vida se rompa en pedazos. También espero que algún día hagan una peli basada en el libro, y que esté perdida en las catacumbas del catálogo de Netflix para que pueda buscarla con mis dos hijas.

Porque Luisa hace tiempo que dejó de ser una compañera de piso. Ahora también es mi pequeña, la hermana mayor de la que Julia aprenderá.

De momento no sé qué me depara el futuro, aunque supongo que si algún día la cago, siempre podré volver a despertar siendo una adolescente.

Aunque esa es otra historia que aún no he escrito. Que tal vez escribiré.

O tal vez me la guardaré para mí.

¡GRACIAS POR LEERME!

¡Y RECUERDA DEJAR TU VALORACIÓN EN AMAZON!